



MI VERANO



■ Por Luis Orlando
León Carpio

YUTONES DE HOY

No tienes que ser jefe de auditorías ni inspector de transporte ni gran visionario ni pitonisa. No tienes que tener másteres, doctorados, licenciaturas. Ni siquiera ser empleado de terminales, simple cubano de a pie, o norteamericano —ahora, tan de moda— para percartarte de que, efectivamente, las reinas de la Autopista Nacional se están poniendo viejas.

Sí, nuestras emperatrices asiáticas: las Yutón. Tan cómodas, al principio. Tan enigmáticas y tan preferidas, están condenadas —¡las pobres!— a ver pasar el tiempo sin que vislumbren sustitutas en su siempre largo camino al andar.

Era el 2005. Estaban nuevecitas. Llegaron y no había un camión que no les pitara. Un no sé qué convirtió en buen augurio, por primera vez, la cercanía de una presencia china en las espaldas. ¡Qué fórmula! Claro, la única. Y tanta fue su fama en territorio cubano que no hubo habitante de esta isla que no sucumbiera a sus encantos.

Pudo avanzar en medio de caminos que destilaban coches, almendrones, polaquitos, rastras y antiquísimas Girones (tan longevas estas últimas, que hasta dicen, no me crean, que supieron reencarnarse en un tipo de autobús llamado Diana). Pero llegó la Yutón y mandó a parar... la bajada de precios. Sí, porque de la noche a la mañana se duplicó el costo del asiento que ofertaba esa empresa a la que llamaban —casi un eufemismo— Astro.

Guaguas cinco estrellas. Y el guajiro que se vio en ellas no pudo creer que eso no costaba en divisa. Y cuando entró hasta el pasillo sintió la necesidad de abrigarse en agosto. Y si tuvo ganas de hacer pipí, un baño. Y si tuvo necesidad de soñar, asiento reclinable. Y de paso se echó completa la película de Chuck Norris que sus amigos, los conductores, le tenían preparada especialmente para él...

Pero en el 2015 la cosa es otra. El churrecito aquí, las manchas por acá. Da igual. Ya, ¡ni sombra de lo que eran! Y no es para menos. Bastante resuelven. ¿Y no hay para más? Se preguntan demasiados que, como yo, se les ponen los pelos de punta de solo pensar qué sería de esta Cuba en un futuro sin yutones. Aunque, seamos sinceros, una Yutón mejor es posible.

Pero de tanto rodar nuestras viejas emperatrices han desarrollado sus propias manías. Por eso, algunas crían bichitos. Los pueden observar en los asientos, sobre todo los traseros. ¡Qué lindos! Cuando menos te lo esperas, ellos te saltan desde alguna de esas cortinas estampadas.

¡Ah, el tiempo, el implacable! Y el guajiro que se ve hoy frente al cristal de la guagua dice que menos mal que esto no cuesta en divisa. Y cuando entra hasta el pasillo debe limpiarse el sudor que le corre por la cara. Y si tiene ganas de hacer pipí, aguanta hasta que llegue. Y si tiene necesidad de soñar, se reclinó roto el asiento. Y el televisor es un viejo recuerdo de novela que ahora se sustituye por un interminable concierto de Marco Antonio Solís.



Villa Clara, te queremos limpia

■ Por Ricardo R. González

Hace tiempo atrás —tanto que no recuerdo cuánto— sentía el orgullo de caminar por una de las capitales provinciales más limpias de Cuba, y no dejo de reconocer las mayores complacencias si igual criterio provenía de visitantes en tránsito. Lamentablemente, aquella imagen la perdí, se desvaneció. Villa Clara muestra hoy un aspecto muy diferente.

Me agradó que la gestión de Servicios Comunes ocupara uno de los puntos de la decimosexta sesión ordinaria correspondiente al XI período de mandatos de la Asamblea Provincial del Poder Popular, en la que expertos de la Comisión de Salud, Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente expusieron sus fundamentos.

A mi modo de ver resulta en extremo preocupante que las reiteradas indisciplinas poblacionales y de las administraciones estatales en torno al vertimiento de residuales en sitios inadecuados abunden y se diseminen como pólvora, no solo en la periferia de las ciudades, sino en calles céntricas que ofrecen deplorables imágenes a pleno día.

Ello genera la proliferación de microvertederos que atentan contra las normas de higiene comunal y ambiental, realidad que desentona con los requerimientos para el control adecuado de la situación higiénico-epidemiológica en el territorio.

En ello hay parte y parte en un mundo donde las indisciplinas sociales están al por mayor, como el estiércol y el excremento de animales dominando algunas avenidas y las bolsas de desperdicios en no pocos perimetros esperando durante días por su recogida.

Es cierto también que muchas personas sacan los residuales en plena tarde. Casos en que ya a las 4:00 p.m. —sin una envoltura adecuada— sitúan los desperdicios en exteriores, lo cual provoca suciedad y obstrucción del paso en las aceras.

Atentando contra el ornato público, he visto botellas de ron y pomos de aceite vacíos, escombros de una construcción casera, cáscaras de mango, residuos de arroz y frijoles... sin la más mínima protección, como si formaran parte de los atributos del vecindario. Y no pasa nada. Al día siguiente se repite el cuadro. Ni hay responsabilidad individual ni actuaciones contundentes ante tales sucesos.

Incluso dan lugar al incremento de los llamados «buzos» que, en busca de laticas de cerveza, refrescos o de otro contenido, contribuyen a expandir aún más lo malamente empacado.

No sé cuántas veces he leído en el propio *Vanguardia* sobre las «estrategias» y «programas» con vistas a mejorar la recogida de basura, al menos en Santa Clara. Y a la postre, ¿qué sucede con ellos? ¿Por qué funcionan unos días y luego pasan al «saco del olvido»?

Es innegable que faltan recursos. Más del 70 % de la recepción de desechos sólidos en la provincia se realiza mediante tracción animal ha-



martirena

cia los 105 vertederos habilitados; incluso, los medios de protección e instrumental de trabajo dejan mucho que desear.

Pero también es cierto que ciudadanos inconscientes empañan el trabajo de seres humanos que inauguran las madrugadas o desafían la intensidad del sol barriendo el pavimento, y sin el menor escrúpulo tiran a la calle colillas, papeles y hasta excretas de sus mascotas.

No constituye un secreto el deficiente reciclaje de los residuales sólidos en los sitios establecidos. Tampoco se cumple el ordenamiento en las zonas destinadas a trabajadores por cuenta propia, sin excluir la insuficiente inspección urbanística.

Hay mucho más, pero lo inaudito es que la basura llegue a formar parte del contexto, como si se tratara del pan nuestro de cada día. Así, perduran en céntricos portales de instituciones estatales «tortas» de excrementos humanos mezcladas con «manantiales» de orina. A tal punto que los ácidos provenientes de la descomposición han corroído la parte inferior de la recia verja que protege uno de los laterales de la Biblioteca Provincial Martí.

Y como este, cientos de ejemplos que llaman a preguntarnos si vivimos en pueblos similares al oeste de las películas o en comunidades civilizadas del siglo XXI.

La higiene y sus problemáticas carecen de cartelitos que delimiten lo privado de lo colectivo, lo estatal de lo particular, máxime cuando se pone en juego la sanidad, que ha tenido etapas de bailar en una cuerda floja.

Siempre he dicho que prefiero ver acciones y realidades a decir o consignar en un informe lo que sabemos sucede. Al César lo que es del César, y cada uno a cumplir sus responsabilidades.

Necesitamos ciudades, poblados y bateyes relucientes y no asfixiados por la basura que, indolentemente, se acumula en sus entornos, y que de seguir así, terminará envolviéndonos como una enorme tela de araña.

EN Cuba sobran las razones que inclinan la balanza a favor de lo «probado», pero anular otras alternativas por el mero hecho de que cuesta demasiado asumirlas y proyectarlas como una vía de escape factible, resulta una de esas infelices arbitrariedades con que cada día nos dinamitamos el paso.

Es el caso de los tan llevados y traídos programas de desarrollo local, cuyos mejores exponentes se agrupan entre Caibarién, Reme-

Ni tan locales ni tan desarrollados

dios, Santa Clara y Sagua la Grande, sumando más de 50 proyectos en toda la provincia.

Se trata de potenciar estrategias productivas o de servicios que aporten bienes a las comunidades y sus respectivos sistemas de gobierno. Las iniciativas surgen como respuesta a las necesidades particulares de cada zona, por lo que sus ejecutores forman parte de esa cotidianidad incompleta y perfecta que no siempre demanda miles de pesos de las dos monedas.

Los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución acreditan la conveniencia de los programas de desarrollo local como propulsores naturales de formas de autofinanciamiento que no exigen de grandes fábricas ni de cientos de empleados.

De hecho, el 2014 concluyó con más de 1 millón 183 839 CUC de ganancias por este concepto, al que Caibarién aportó el 87 %. La proximidad a uno de los principales polos turísticos del país condiciona algunas de las estrategias del municipio, aunque, para sorpresa de muchos, el proyecto de recogida de materias primas en los hoteles de Cayo Santa María —que figuraba desde el 2012 entre las propuestas iniciales del Gobierno— no pudo aportar ni un solo centavo.

No nos referimos a un par de camiones de frascos ni a 100 sacos con botellas vacías, sino a varias toneladas semanales que, para consternación de todo el que conozca el volumen de desechos reciclables que se generan cada semana en ese tipo de instalaciones, se depositan en el colapsado vertedero de la *Villa Blanca*.

¿La causa? Según el informe del

Consejo de la Administración Provincial sobre el tema, la idea pasó del aplauso a la gaveta, pues nadie se responsabilizó por el transporte y la mano de obra. Sin embargo, Liborio traga en seco y se duele en su dignidad cuando un spot televisivo lo intenta educar en la cultura del reaprovechamiento, o en esas ocasiones en que Labiofam se excusó con los enfermos de cáncer que consumen los reconstituyentes derivados del veneno de alacrán, porque sin envases no hay producción.

Cuesta digerir lo injustificable. Para ninguno de nosotros los planes paralelos constituyen una novedad, pues nos nutrimos de la inventiva en momentos de tirar la toalla, pero no la esperanza, y si un central continúa moliendo gracias a la pieza rescatada por un anirista, una comunidad también ha de erguirse sobre el ingenio de su pueblo.

¿Posibilidades? Muchas. ¿Beneficiados? Miles. Ejemplo: en un pueblito cifuentense agobiado de sol y olvido, se fabrican losas de mármol dignas de cualquier edificación de lujo, y florecen en toda la provincia diversas minindustrias de materiales de la construcción.

Sin embargo, Santa Clara se quiebra entre carencias y desmemorias, sin cines y con una herencia de siglos que se desploma por minutos; la chapucería de las obras de mes y medio desnudan a la ciudad de solemnidad y belleza, porque muchos de los mejores albañiles se enlistaron en el cuentapropismo, los carpinteros eligen sus contratos y las buenas ideas de arquitectos e ingenieros solo ven la luz en algún que otro concurso.

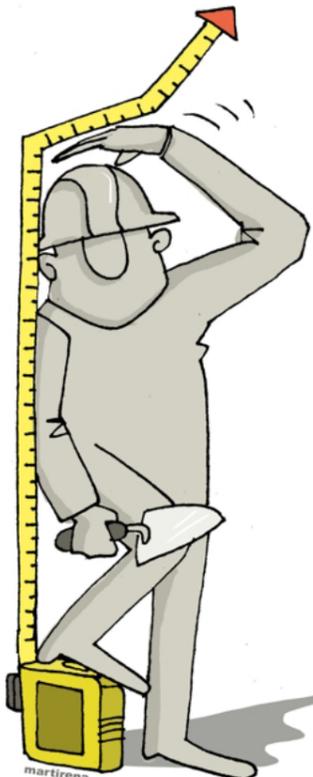
O sea, la falla no radica en la disponibilidad de los recursos humanos ni en la orfandad de ideas, sino

en la desacertada conducción de un proceso perfectamente viable.

El pasado año, Remedios y Caibarién pudieron invertir sus ganancias en puntos clave. Muebles para hogares de ancianos, rescate de locales de bien público, preparación de sus fiestas populares y proyecciones propias de los gobiernos municipales, confirman el protagonismo de los diversos actores sociales y fortalecen el sentido de pertenencia y el compromiso con la comuna.

Claro está, aún las mejores propuestas requieren de gestión y suministro estable de recursos, y ante todo, de una visión menos idílica sobre los deberes y derechos de cada parte. Si no existe un mercado mayorista para abastecer al cuentapropismo, es de ilusos suponer que los programas de desarrollo local se conciben libres de vínculos; si cualquiera administrara una brigada de 30 obreros con seis camiones para recoger basura o transportar viandas, no creo que se eliminaran tantos proyectos o que se buscaran alternativas a las alternativas.

El desarrollo local constituye una fórmula exitosa siempre y cuando no se le conciba como mero indicador de participación, sino en su real dimensión de activo organismo financiero. El «destete» se comprende cuando resulta posible, pero la fórmula del beneficio sin inversión semeja una burla a todas las leyes de la economía. No estamos en condiciones de obviar los «poquitos» y sobrestimar los millones, porque Cuba todo lo necesita.



martirena



■ Por Liena María
Nieves Portal